

EL COMPROMISO DEL OBJETO.
TRANSFORMAR LA INSTITUCIÓN DESDE LAS PRÁCTICAS
EN LA POSTDICTADURA ARGENTINA (1984-1986)

Annick Louis

Université de Franche-Comté/CRIT-CRAL (EHESS-CNRS)

Orcid: <<https://orcid.org/0000-0002-8886-1096>>

La carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires fue la primera en emprender un proceso de democratización después de la última dictadura militar (1976-1983).¹ Sin embargo, los primeros años del retorno de la democracia se caracterizaron por la cohabitación de profesores impuestos por la dictadura, cuyos contratos no podían ser revocados, y de intelectuales que habían sido excluidos de la universidad, algunos de los cuales se habían exiliado. El fenómeno dio lugar a una serie de episodios que ponen en evidencia el carácter eminentemente político de las elecciones de corpus literarios, críticos y teóricos. Polémicos, estos episodios traducen el compromiso con la institución y con la creación de una cultura crítica nacional asumido por una serie de intelectuales que se reintegraron progresivamente a la universidad; entre ellos podemos mencionar a Jorge Panesi (1945-), Enrique Pezzoni (1926-1989), Josefina Ludmer (1939-2016), Beatriz Sarlo (1942-), David Viñas (1927-2011) y Noé Jitrik (1928-2022). Poco documentados hasta el

DOI: https://doi.org/10.31819/9783968696393_010

¹ Varios factores contribuyeron a que la UBA, y la carrera de Letras en particular, conociera el más rápido y radical proceso de democratización; entre ellos se cuenta el nombramiento conjunto de Enrique Pezzoni y de Jorge Panesi como directores de la carrera de Letras en el comienzo del año 1984 (marzo). Como lo señala Jorge Warley (1989), si el origen de ese gesto fue político, en el medio de las letras, cada uno sintió que hacía justicia al recorrido y a las capacidades de Pezzoni.

presente, estos intercambios y polémicas se debieron esencialmente a la renovación teórica y epistemológica propuesta desde las prácticas de enseñanza universitaria, en la cual se observa la inscripción de la experiencia del 1973 (Funes 2009).

La última dictadura ejerció un control sobre las instituciones, los discursos, los programas de escuela y toda forma de espacio público de expresión, y excluyó de la universidad no solamente a los militantes de izquierda, sino también a los representantes de posiciones intelectuales modernas (Invernizzi y Gociol 2002). Aquellos que no se vieron forzados a emigrar adoptaron varias estrategias, y crearon estructuras paralelas, no institucionales: grupos de estudio —la llamada *universidad paralela* o *universidad de las catacumbas*—, revistas independientes (como *Punto de Vista*). También se refugiaron en empleos en la enseñanza secundaria, en particular en colegios privados. Lo desarrollado en estos espacios se introduce en la universidad a partir de 1984, aportando nuevos posicionamientos y nuevas perspectivas críticas en la cultura universitaria nacional; así lo señalaron Nicolás Rosa y Claudia Caisso, en «De la constitution clandestine d'un nouvel objet» (1987): es el trabajo realizado en esos espacios privados, la acumulación de capital epistemológico, constituido fuera de las instituciones, lo que permite una operación de reivindicación categorial, una forma de acción teórica, epistemológica, y política (Louis 2016).²

El objetivo de este artículo es examinar algunos de los episodios que tuvieron lugar durante la llamada «primavera alfonsinista» (1984-1986), un período de experimentación institucional intensa que llevó a transformacio-

² Este trabajo implica un doble posicionamiento: como testigo y participante por mi pertenencia a una generación que entró a la universidad en 1984 y vivió todo el proceso de democratización, tomando lugar en los debates en tanto estudiante; y también como crítica. Mi análisis de la universidad de la postdictadura puede encontrarse en Louis (1999: 9-25; 2009: 60-63; 2016: 13-28; 2024: 310-328) y Ramallo y Louis (2024). Las ediciones de clases del período son también un modo crítico de estudiarlo. La base de este artículo, sin embargo, no es exclusivamente lo observado, y no siempre comprendido, durante los años de la dictadura y durante mi formación en la Universidad de Buenos Aires, sino también las conversaciones y el tiempo compartido con Josefina Ludmer, durante nuestras caminatas y comidas en New Haven, Buenos Aires y París, y las múltiples conversaciones con Jorge Panesi, que compartió conmigo sus meditaciones sobre temas variados. Completa todo esto la búsqueda de material y de información.

nes fundacionales, a partir de las cuales es posible identificar un modo de compromiso con el objeto. Entre los enfrentamientos y debates que tuvieron lugar durante este primer período del regreso de la democracia, examinaremos algunos en los que este objeto es central y aparece como una instancia controvertida en su vínculo estrecho con el compromiso que implicó para los intelectuales que regresaron a la UBA, y que concibieron este compromiso como tarea múltiple: en la crítica, la teoría, la enseñanza y en la gestión institucional de los saberes.

¿QUÉ OBJETOS PARA QUÉ DEMOCRACIA?

El primer período de la postdictadura estuvo marcado por los sueños de justicia y por un proyecto económico social que abrieron un espacio público a la polémica y a la efervescencia de las prácticas de enseñanza (Diego 2007: 49-82; Novaro 2009; Pucciarelli 2006). Entre las nuevas cátedras que tuvieron un papel determinante en las transformaciones institucionales se encuentran Teoría y Análisis Literario I (llamada Introducción a la Literatura C en 1984), animada por Enrique Pezzoni y Jorge Panesi,³ y Literatura Argentina I, cuyo titular fue David Viñas a partir de 1986. También fueron vectores de transformación los seminarios de Josefina Ludmer; los que dictó en 1984, «¿Qué se lee en la literatura?» y «Formas narrativas en Roa Bastos», y los de 1985, «Problemas del género gauchesco» y «Algunos problemas de teoría literaria», así como la cátedra Teoría Literaria II, de la que fue titular a partir de 1986. Podemos mencionar otras cátedras, que no son objeto de estudio aquí, pero cuyo papel fue relevante: Literatura Argentina II, animada por Beatriz Sarlo a partir de 1984;⁴ Teoría Literaria III, por Nicolás Rosa

³ Las encrucijadas políticas y conceptuales del cambio de título de Introducción a la Literatura a Teoría y Análisis Literario C fueron analizadas por Juan Manuel Lacalle y Majo Migliore, quienes subrayan que este último es un título que funciona como «un eje temático articulador» (2015: 52).

⁴ Parte de estas clases fueron editadas por Sylvia Saítta; véase Sarlo (2022).

a partir de 1989,⁵ y Literatura Hispanoamericana II, cuyo titular fue Noé Jitrik a partir de 1987.

Volver a la universidad significaba transformarla. No quería decir volver a lo que había sido anteriormente, ni siquiera a la *fiestita* de 1973, sino crear una nueva universidad, incorporando el recorrido personal e intelectual de quienes regresaban a ella después de los años de exilio y/o exclusión. En ese sentido he propuesto la idea que se produjo en esos años una acumulación de capital que hoy puede sorprender y fascinar, porque dio lugar a un discurso de una intensidad particular (Louis 2016). A ello se suma en este período el rechazo —justificado— de lo que había impuesto la dictadura militar, en términos de funcionamiento y de aproximaciones críticas: el gobierno militar había instaurado una posición conservadora, que privilegiaba las culturas clásicas, no favorecía ni el análisis ni la reflexión, sino la repetición y la mera descripción de corpus canonizados y no cuestionados. En este contexto, las propuestas en términos de corpus, de objetos críticos y de modos de enseñanza de los intelectuales que regresan a la universidad van a provocar reacciones y polémicas, así como tomas de posición; sin duda, está en juego una concepción diferente de la autonomía literaria, del rol de la universidad y de las concepciones de la literatura.

Los ejemplos expuestos ponen en evidencia las tensiones epistemológicas, teóricas y metodológicas, así como las pulsiones políticas que pueden tomar forma en la esfera pública; los profesores estudiados jugaron un papel esencial en la comunidad a partir del retorno de la democracia que marca la Universidad de Buenos Aires hasta el día de hoy. La reflexión será organizada a partir de cuatro ejes: la imposible neutralidad, los territorios del corpus, la institucionalización de la teoría literaria como base de los estudios de letras, y el pasaje de la oralidad y de la escritura. Dentro del corpus mencionado, se examinarán los casos de las cátedras de Enrique Pezzoni y Jorge Panesi, el seminario de Josefina Ludmer de 1985 y la materia de David Viñas en su primer semestre en 1986. Antes de asumir sus respectivas cátedras, en 1984, Josefina Ludmer, Jorge Panesi y Beatriz Sarlo dieron cada uno una conferencia para los primeros ingresantes de Letras de la UBA de la democracia, que

⁵ Acerca de la historia de las cátedras, véanse Lacalle y Riva (2014a, 2014b, 2015) y Lacalle y Migliore (2015, 2016).

significó una ruptura respecto de la época de la dictadura; esta había impuesto examen de ingreso a la universidad, luego de un curso y también cuotas limitadas de ingresantes. La democracia revocó estas condiciones de admisión y propuso un curso de ingreso también, pero renovando a los profesores que lo dictaban y centrándolo en la lógica, la historia y la metodología, además de en las conferencias mencionadas, una para cada grupo, que tuvieron un éxito importante y marcaron un primer modo del retorno. La de Sarlo, «La crítica entre la literatura y el público», fue publicada en diciembre de 1984, en la revista *Espacios de Crítica y Producción* (6-11).

Para comprender el carácter controvertido de los discursos del período es necesario recordar algunos datos vinculados al posicionamiento teórico y epistemológico en el momento de construir los objetos. Si una renovación teórica y conceptual de la UBA es posible ya en 1984, y no en otras instituciones, es gracias al sistema de «cátedras paralelas» al que aludimos, creado porque los contratos de la época de la dictadura eran difíciles o imposibles de revocar legalmente. Durante algunos años existirán dos, a veces tres cátedras, de una misma asignatura, entre las cuales los estudiantes eran distribuidos a veces por azar, mientras que otras podían elegir. Esta cohabitación de cátedras determina la presencia de posiciones políticas y epistemológicas en pugna en la misma institución; pero también juega un papel el deseo de discusión, de polémica, de intercambio público, es decir, de llevar al ámbito público lo que había debido permanecer en el privado. Esta necesidad de reconstrucción del espacio público en tanto espacio de debate democrático marca los avatares de las disciplinas en este período de experimentación teórica e institucional (Habermas 1995).

A partir de estos postulados podemos hablar de una serie de polémicas no documentadas u ocultas que conciernen a los estudiantes y profesores de la época (siguiendo la propuesta de Jorge Panesi 2018: 21-34, 35-46). Comenzaremos por precisar que la época, sin embargo, no estuvo exclusivamente marcada por la polarización entre intelectuales/profesores de la dictadura e intelectuales/profesores opositores, porque las relaciones entre quienes regresan no son, en ningún caso, homogéneas. Aunque unidos en su oposición al gobierno militar y su deseo de transformación del medio intelectual, las diferencias entre sus posiciones producen muchas veces enfrentamientos violentos entre los que llamo los *intelectuales modernizadores* en Argentina. Aunque no me detendré

aquí a examinar estas diferencias, que provocarán violentas polémicas durante los años siguientes, en particular en los años noventa, parece necesario evitar una mirada unificadora que borre los conflictos (intelectuales y personales) y postule que existían únicamente dos campos, dos ideologías: los intelectuales de la dictadura y los opositores. Agregaría que para quienes vivimos ese momento era evidente que no había un frente común o posiciones unificadas en ningún aspecto. Estos intelectuales reivindicaban el espacio universitario y el de la crítica como un espacio de pugna; es así cómo la publicación de *Homo academicus* de Bourdieu llevó a Jorge Panesi a afirmar que la particularidad del medio argentino es que la lucha entre intelectuales se da por cuestiones meramente simbólicas, mientras que en Europa, existirían beneficios concretos a obtener —puestos, dinero, viajes, posiciones, etc.—. Por eso podemos decir que una de las características de este período fue la capacidad de los críticos para conservar estas distancias entre ellos, a veces violentas, sin perder de vista aquello que los unía: la oposición al gobierno militar y el compromiso con la reconstrucción de la academia, la transmisión y la investigación.

Esta ebullición crítica y polémica que incitaba al pensamiento fue compartida por los estudiantes, espectadores del movimiento de retorno y ocupación del espacio público, pero también artífices del éxito de ese retorno, porque su frecuentación masiva a los cursos de los intelectuales modernizadores fue esencial para la afirmación de las posturas de estos (como he recordado en otro momento, el seminario de Ludmer «Algunos problemas de teoría literaria» contaba con 51 inscriptos oficiales, pero asistían más de 500 personas; en 1986, más de 700 estudiantes asistían a los cursos de Viñas, [Louis 2016]). El compromiso de estos intelectuales que vuelven a ocupar las instituciones y los espacios culturales es con la democracia, con la democratización de la universidad y la transformación de la institución, y, por eso, consideran la universidad como un espacio de enfrentamiento. Sin embargo, la mayor parte de los conflictos abiertos surgieron entre los profesores contratados bajo la dictadura y los que regresaron luego de un exilio institucional o geográfico.

LA IMPOSIBLE NEUTRALIDAD

En su seminario de 1985 y en diferentes textos de la época, Josefina Ludmer afirma con convicción la imposibilidad de la existencia de un lugar des-

provisto de ideología: «No hay lugar neutral» (2016: 50). Formada en la Universidad de Rosario, Josefina Ludmer había enseñado en la UBA entre 1973 y 1974, como jefa de trabajos prácticos de la cátedra de Literatura Latinoamericana, cuyo titular era Noé Jitrik. Durante la dictadura permaneció en el país, aunque realizó frecuentes estancias en los Estados Unidos, invitada a enseñar en diferentes universidades,⁶ mientras en Argentina animaba cursos privados donde introducía la teoría literaria contemporánea y formaba a los estudiantes que consideraban que la enseñanza universitaria era poco rigurosa e ideológicamente cuestionable. Sus cursos tenían gran prestigio y eran remunerados (Domínguez y Fernández Bravo 2015).⁷ Entre 1984 y 1991, fue titular en la UBA de la cátedra de Teoría Literaria II (Lacalle y Migliore 2016; Bodago y Lacalle 2019); en 1991 asumió el cargo de profesora en Yale, donde enseñó hasta el 2005, cuando se jubiló y volvió a Buenos Aires; se vinculó entonces a la Facultad de Sociales, donde animó seminarios de doctorado. En 2010, la UBA le otorgó un doctorado *honoris causa*, ocasión en la que afirmó: «...la Universidad argentina, la universidad pública, ha acompañado mi vida y mi historia. Intervenciones, migraciones, clases en mi casa, retornos: cada vaivén y cambio de la universidad (y en la nación) ha sido al mismo tiempo un cambio en mi vida» (2010b). Diez años, decía Ludmer, era el tiempo que necesitaba para escribir un libro: *Cien años de soledad. Una interpretación* (1972), *Onetti. Los procesos de construcción del relato* (1977), *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988), *El cuerpo del delito. Un manual* (1999), *Aquí América Latina. Una especulación* (2010a); cada uno de sus libros fue un acontecimiento en la crítica argentina y latinoamericana, independientemente del contexto político, y casi siempre desataron polémicas y debates (cuando la publicación de *El género gauchesco*, se escuchaba decir, críticamente, que era una paradoja pensar la patria gracias a una beca estadounidense...).

⁶ Véase la página web de la crítica: <<http://www.josefinaludmer.net/home.html>>.

⁷ Josefina Ludmer siempre consideró que el trabajo intelectual debía ser remunerado, en acuerdo con su calidad. Eso explica que sus cursos fueran costosos, según diferentes testimonios, lo que debería incitarnos a reflexionar acerca de los orígenes sociales de los investigadores que llegaron a la universidad en ese período como docentes. Véase Zubieta (2010).

La reedición de su *Cien años de soledad. Una interpretación* (escrito en el período en que deja su puesto en la Universidad de Rosario en 1966 y se instala en Buenos Aires) fue uno de los acontecimientos del año 1985; fuera de la importancia que tiene que el libro volviera a circular, el prólogo redactado por Ludmer puede leerse como un manifiesto en el que establece la distancia que media entre ese libro y el presente, y afirma los principios que va a desarrollar en el seminario «Algunos problemas de teoría literaria» en 1985 en la UBA. Este prólogo traduce una estrategia de intervención en la comunidad interpretativa, una apropiación política del posicionamiento teórico, desde la primera frase, donde Ludmer empieza definiendo las posiciones enemigas, aquellas con las que polemiza, las que dominaron la universidad durante la dictadura, para postular la propia: «Este libro se escribió sobre una serie de rechazos» (1984: 5). El primero de estos rechazos es el de la crítica jurídico social, centrada en el sujeto escritor, contra la cual Ludmer reivindica la lectura del texto singular, su *microscopía*, así como la «idea de que la ideología se relaciona mucho más con los programas narrativos y textuales, con las configuraciones de la sintaxis, las posturas diversas de los sujetos y las demandas de lo que se lee como literatura» (9). El segundo rechazo es el de la que define como una «crítica estética y ornamental» que privilegia la subjetividad del crítico, contra la cual se erige la objetividad, «un estilo remoto e impersonal, la desaparición del crítico bajo un texto que parece leerse a sí mismo o que parece ser leído por una colectividad posible» (9).

Aunque la descripción de estos dos modos de la crítica es detallada y eficaz, no se mencionan nombres de críticos ni títulos de obras —que la comunidad puede restituir, sin duda, y que aparecen en las clases—. Ludmer continúa afirmando: «El conocimiento es polémico y estratégico» (1984: 9). Una explicitación del modo de ejercer la crítica y la docencia que lleva a postular *la crítica de la crítica*, es decir, la teoría literaria como una práctica cuyas dimensiones epistemológicas e ideológicas no deben ser negadas. El texto se cierra con una serie de preguntas que corresponden a lo que será el programa de los ejercicios destinados a aprobar el seminario: ¿a quién beneficia esta lectura?, ¿a quién pretende beneficiar?, ¿qué proposiciones tiene como consecuencia?, ¿en qué proposiciones se apoya?, ¿en qué situación es pronunciada?, ¿por quién?, ¿a qué práctica literaria corresponde?

El prólogo y el seminario están contruidos alrededor de la tensión entre diferentes modos de leer el concepto de autonomía que ponen en escena un debate entre los profesores que usaron el concepto para evolucionar sin dificultades bajo el terrorismo de Estado y enseñar literatura en el período dictatorial, y los que vuelven a la universidad, que traen una mirada innovadora del concepto de autonomía. Mientras esta sirvió, durante la dictadura, para postular una despolitización de los saberes en ciencias humanas y sociales, en nombre de valores y conceptos supuestamente eternos, Ludmer afirma la imposibilidad de una posición neutra y el arraigue ideológico y social del saber. También retoma su concepción acerca de la elección que implica la tarea crítica: los restos que deja una lectura analítica, sus vacíos y puntos ciegos remiten a los rechazos y también a lo que vendrá (ya presente en «El resto del texto» [1973]).

Ya en la época, Ludmer piensa la literatura al margen de las garantías disciplinarias: en términos de instituciones, y no exclusivamente en clave textual.⁸ El prólogo de 1984 sitúa al texto en el cruce de nuevas circunstancias de enunciación y propone una coyuntura que siguió siendo la base de su trabajo en los años siguientes (más allá del desplazamiento que propone en los dos miles, de la autonomía a la postautonomía): la práctica de la lectura se liga con la práctica literaria, la crítica a la crítica se interroga sobre la conexión entre el estado de la crítica y sus categorías, y el de la literatura (sus técnicas, materiales, procesos, que tienen historias propias)... (1984: 11). La modificación de los conceptos se presenta como una consecuencia de la transformación de las prácticas: cada posición literaria tiene su perspectiva y su modo de leer (12). En el discurso que pronuncia cuando la UBA le otorga el doctorado *honoris causa*, insiste en esta relación: «Los cambios en las tecnologías de la escritura y en la producción del libro cambian los modos de leer, y si cambian los modos de leer cambian las escrituras. Los cambios se superponen y no se sabe cuál es primero o causa del otro. Y también cambian

⁸ En 1972, Ludmer lee en términos de ideología, de mito, de público, de escritura y de *différance*, de fantasía y de represión, de unidades narrativas y de estructuras de sueños, de verosímil y de posibilidades narrativas, de principio de realidad y principio de placer, de tradición literaria, parodia, máscara, carnaval, polifonía y dialogismo. Términos que explicaba de modo didáctico al lector, al tiempo que introducía sus propias categorías: puntuación narrativa, configuraciones, operadores de síntesis.

los modos de valoración porque muchas veces los aparatos de distribución deciden el valor de lo que se lee» (2010).

Su respuesta a los movimientos del campo literario que aportan conceptos que promueven nuevos modos de lectura no se limita a sus escritos. *Ways of Seeing* de John Berger (1972) está en el origen de la categoría propuesta por Ludmer de *modos de leer*, pero es transformada por ella en el eje organizador del seminario de 1985. Centrada en una definición poco convencional de la autonomía, se vincula al marco en que se enuncia, se enseña, se trabaja: la salida de largos años de dictadura. Sobre esta categoría se funda también la reivindicación de la escritura ante un modo de validación y de aprendizaje basado en la oralidad, como vamos a ver. Pero antes, recordemos que esta oposición al mito del sujeto original tiene su correlato en el funcionamiento de la cátedra: Ludmer se presenta en su seminario como un *equipo*. Esta actitud contrasta con la decisión, tomada y defendida por ella, en el momento de la publicación de las clases, de no integrar aquellas dictadas por los integrantes de este equipo, porque concebía el seminario de 1985 como parte de su propia obra, y no como un trabajo de equipo⁹. En esta diferencia se inscribe no solamente una nueva perspectiva (la de terminar de constituir su

⁹ Su negativa a incluir las clases de su equipo de la época fue rotunda y resistió a varios intentos. Es interesante notar que, en los años ochenta, sin embargo, Ludmer reivindicaba la tarea grupal; pero, a medida que la institucionalización de las cátedras avanzó, se produjeron quiebres, diferencias, enfrentamientos que a veces llevaron a rupturas temporarias. Así lo muestra el homenaje organizado en el 2015 por Nora Domínguez, Jorge Panesi y Adriana Rodríguez Pérsico en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, denominado «A 30 años de los seminarios» Ludmer, al que asistieron prácticamente todos los miembros de su equipo de los años ochenta, Nora Domínguez, Alan Pauls, Adriana Rodríguez Pérsico, Gabriela Nouzeilles, Claudia Kozak, Matilde Sánchez; el equipo estaba compuesto además por Ana María Amar Sánchez, Ana María Zubieta, quien hace el discurso en el momento en que la UBA otorga a Ludmer el doctorado *honoris causa* en el 2010, y Mónica Tamborenea, fallecida entretanto. Los años noventa y dos mil, vieron surgir una serie de distanciamientos que llevan a reflexionar acerca de los efectos de la institución en los grupos de trabajo conformados bajo la dictadura fuera de la universidad; por otro lado, la desaparición de esta cohesión explica en parte la decisión de Ludmer de irse a Yale. Un episodio que marcó a los estudiantes en 1987 fue su actitud, percibida como destructiva, durante la exposición de Mónica Tamborenea en el marco de la cátedra. Si los testimonios del equipo ponen de relieve la falta de experiencia ante la situación de hacer frente a quinientos o setecientos estudiantes, estos percibían el equipo como una instancia cerrada de privilegiados, muy poco accesibles.

obra al final de su vida), sino también la oposición entre escritura y enseñanza: lo escrito, y publicado en forma de libro, pertenece a un sujeto crítico; la palabra formadora es colectiva.

LOS TERRITORIOS DEL CORPUS

Si en los primeros años de la democracia se despliega en la institución una forma de disputa por el espacio, también se producen oposiciones en relación con los objetos de enseñanza. Así lo muestra un episodio protagonizado por Viñas: el conflicto provocado por su elección, para su primer programa de la cátedra de Literatura Argentina I, en 1986, de una única obra, *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla (1870). Viñas retoma aquí uno de los gestos originales que propusiera como crítico, el de poner en segundo término los textos reconocidos como *literarios* (Croce 2005: 65). Varias reacciones subrayaban el carácter limitado del corpus, considerado como un insulto a la literatura nacional, como si este implicara su pobreza, reactivando acusaciones que ya había enfrentado Ricardo Rojas en el momento de la creación de la primera cátedra de Literatura Argentina en 1912.

Viñas fue desde el comienzo de su carrera un crítico polémico, que usó numerosos recursos retóricos para persuadir a sus lectores y oyentes (Croce 2005: 141-194). Esta reputación lo precedía, por lo que su regreso fue esperado y deseado, lo que explica que hubiera alrededor de 700 estudiantes inscritos el primer año en que dictó Literatura Argentina I —un malón, decía él, atraído por la originalidad y la seducción de su discurso—. Crítico, profesor y escritor, egresado de la UBA, David Viñas había comenzado su carrera en el grupo Contorno (1953-1959). Doctor en Letras por la Universidad de Rosario, su obra crítica más célebre, de la cual existen varias versiones, es *Literatura argentina y realidad política* (1964) que, como su título indica, propone una lectura de la literatura argentina en clave política. Sus posiciones ideológicas y su compromiso con la Revolución cubana lo llevan a exiliarse durante la dictadura, luego del asesinato de Haroldo Conti, la desaparición de Paco Urondo y de su propia hija. David Viñas volvió a la

Gerbaudo analiza las clases dictadas por el equipo de Ludmer, pero mi lectura no coincide con la suya (Louis 2020).

Argentina en 1984, y ocupó la cátedra de Literatura Argentina I entre 1986 y 1998, cuando fue nombrado profesor emérito y director del Instituto de Literatura Argentina hasta el 2011. Haciendo honor a su carácter polémico y rebelde, en 1991 rechazó la beca Guggenheim.

Viñas había publicado durante su exilio *Indios, ejército y frontera* (1982), con el cual el programa de Literatura Argentina I establece un diálogo, porque Mansilla era uno de los autores trabajados en el libro, que es ahora erigido en centro. Por otro lado, lo que en el libro se apoya en la Biblioteca Iberoamericana de Berlín y su vasto fondo, lo que permite la presencia del documento en la escritura crítica, como muestra la sección «Presentaciones y testimonios» (133-323) y se afirma en la presentación de la bibliografía (325), en el aula universitaria es un discurso que se hilvana y seduce, apoyándose, en apariencia, en pocas notas. Mediante un gesto de contextualización violenta que ha dado lugar a diversas polémicas, Viñas subraya y estudia aquellas constantes que la literatura señala y estigmatiza a veces en términos de opacidad: el otro —el indio, el gaucho, el negro, el anarquista, el inmigrante, el subversivo, el militante de izquierda—. En esta construcción de vínculos, lazos, repeticiones de la historia nacional, una generación que había crecido en parte bajo la dictadura encontraba sin duda la posibilidad de una lectura y una comprensión de la realidad y de la historia, que también aparecían como un modo de resistencia.

Porque en su lectura de *Una excursión a los indios ranqueles*, Viñas inscribe toda la literatura nacional, la cultura y la historia argentinas, creando redes y poniendo en evidencia los conflictos ideológicos y políticos, a partir de la restitución de una genealogía, sin abandonar el análisis textual. Para Sylvia Saïtta, Viñas retoma, a partir de *Una excursión a los indios ranqueles*, «los núcleos más productivos de sus lecturas críticas: el viaje europeo de la *élite* argentina; los indios, los ejércitos y las fronteras; los hombres del ochenta; la autobiografía y las genealogías familiares» (2016: 227). Si puede, en efecto, afirmarse que la enseñanza de Viñas en este contexto responde al método de trabajo expuesto y desarrollado a partir de la primera edición de *Literatura argentina y realidad política* en 1964, y que, para el Viñas crítico, «no hay más programa que la historia» (Croce 2005: 35), para el Viñas profesor de 1986, la encrucijada es la construcción del presente mediante el recurso a la historia. El eje organizador de la literatura argentina se vuelve, durante este

semestre, no la historia, sino el presente, afirmado por la presencia física de Viñas en el aula, a la cual se refiere él mismo repetidas veces y en diferentes situaciones; en particular luego de la sesión en que, para protestar contra la falta de espacio en la universidad, dio clase en la calle. El discurso busca construir la nueva temporalidad abierta por el regreso de la democracia.¹⁰

Para volver al carácter polémico del programa de Viñas, podemos decir que lo que se objeta es el posicionamiento interpretativo que implica: un uso de la literatura que pone en evidencia la tensión entre hermenéutica y una posición autonomizante en el momento de pensar la literatura (Schaeffer 1995: 76). Más allá de las definiciones conceptuales, cuando se traduce el concepto de autonomía a la cultura argentina se realiza una apropiación de un concepto sociológico que no necesariamente tiene en cuenta sus rasgos específicos; para Viñas, la autonomía parece definirse en esas redes que arraigan al texto en su contexto. Extiende, por otro lado, el arraigue del objeto hacia la interdisciplinariedad. En efecto, Viñas convoca como invitados al

¹⁰ En la clase siguiente, Viñas analiza el artículo publicado en *La Nación* sobre el tema: «Hablando de materialidades quería comentar brevemente, una editorial que apareció en el diario *La Nación*, del día 23 de este mes, que se titula —no sé qué bibliografía periodística transita—: “Otra vez las aulas en la calle”. Tendríamos que hacer una larga digresión en torno a esto, porque vincula la sentada del lunes pasado con los días tormentosos del 65 y del 66 en la década del 70. Hay algunos fraseos, aparentemente institucionales y que amagan con la respetabilidad, por ejemplo, “lesionar el orden constitucional”, de hecho nos sitúan un poco afuera, respecto de ese memorable documento redactado allá por 1953: “Para que nada falte en la semejanza, nuevamente fueron docentes y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras los que decidieron ocupar la calzada, interrumpir el tránsito”./ Hasta allí, concretamente referencial y documentalista, parece ser, más o menos, aceptable, pero: “... provocar incidentes con transeúntes y conductores de automotores”./ Creo que notoriamente esto, por lo menos, es inexacto. Digo para ir viendo cómo emplea, la llamada tradicionalmente “prensa seria”, determinado tipo de información: “de ofrecer una lamentable parodia de clases en la calle”./ La verdad que lo de paródico, por lo menos, me parece inexacto, por no decir excesivo. Fue una clase, a ustedes les consta, bastante parecida a la que damos personalmente aquí los días lunes. Quizá con mayor énfasis, quizá con alguna inquietud, comprensible por toda una jurisprudencia que existe en materia de sentadas en la calle en este país. Cuando uno sale a la calle no tiene certezas respecto de cómo pueden reaccionar los otros... Quiero decir, estábamos todos muy inquietos, por no decir francamente que teníamos miedo, empezando por el que habla. Menos mal que no ocurrió una cosa insólita, pero lo lamentable de *La Nación* me parece totalmente, o por lo menos injusto». («Clases. Literatura Argentina», clase 4, 9 de abril de 1986).

semiólogo Oscar Steimberg, para una conferencia sobre Paturuzú y la historieta (el 5 de mayo de 1986); a Noemí Ulla, que aborda la cuestión del género (las mujeres en *Ranqueles* y en la producción de Mansilla, el 26 de mayo de 1986); al paleontólogo, arqueólogo e historiador Rodolfo Casamiquelas (cuya intervención versó sobre las culturas indígenas en la Pampa y en la Patagonia, el 9 de junio de 1986); y a Marcos Mayer (para una conferencia sobre el mundo de la delincuencia en los años 1880, el 15 de junio de 1986). Un gesto interdisciplinario que permite tratar el objeto de modo que dé cuenta de su especificidad, sin atentar contra la autonomía crítica.

Sin embargo, la crítica dirigida contra el programa de David Viñas tiene, como sugerimos, otra dimensión. En su primera clase, recuerda que estudiar literatura es trabajar, desprendiendo de este modo el estudio de la literatura de toda concepción espiritualista:

Se supone que venimos a trabajar. Punto I: respetemos el trabajo. «Venimos aquí a enseñar cosas que, eventualmente, no sirven para nada». Eso fue lo que escuché por primera vez, al entrar a la Facultad de Filosofía y Letras, hace muchos años. Nosotros vamos a intentar en nuestro proyecto, el proyecto de nuestro trabajo, enseñar cosas útiles, es decir cosas que sirvan. No se trata de una formulación de tipo utilitario, pero teniendo en cuenta el contexto en que estamos, que es notorio, obvio podría decir, no nos podemos dar el lujo en la Facultad de Filosofía y Letras de 1986, de enseñar cosas que no sirvan para nada. Sobre todo que eso implica, por otra parte, entender a la literatura como decoración. Nosotros no proponemos, ni en la producción de la literatura ni en la crítica literaria, un además de tipo decorativo («Clases. Literatura Argentina», clase 1, 31 de marzo de 1986).

Vuelve, a continuación, sobre la historia de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896, por, entre otros, Miguel Cané, que asocia con la Ley de Residencia (1904); y convoca luego la historia de la fundación de la cátedra de Literatura Argentina por Ricardo Rojas en 1912, la cual marca el comienzo del proceso de institucionalización académica del estudio de la literatura argentina. Entre 1917 y 1922, Rojas escribe y edita su famosa *Historia de la literatura argentina*; en 1922, siendo decano de la Facultad de Filosofía y Letras, crea el Instituto de Literatura Argentina e inaugura, en 1923, el Seminario de Investigaciones. Como ha señalado la crítica, y como

le gustaba recordar a David Viñas, esta creación institucional implicó la fundación de la literatura nacional. Por ello Rojas afirma en su discurso inaugural de 1913: «Tócame, pues, la honra de iniciar en las universidades de mi país, un orden de estudios que interesa no solamente a los fines profesionales de la instrucción superior, sino también a la misión de afirmar y probar ante el país todo, la idea de que tenemos una historia literaria» (1913: 339). Esta afirmación llevó, según Antonio Pagés Larraya, a Rodolfo Rivarola, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, a decirle a Rojas después del discurso: «Usted acaba de prometer un riquísimo guiso de liebre. Quisiera saber de dónde va a sacar la liebre». A lo que Rojas habría respondido: «Créame, señor decano, que ya salí a cazarlas desde hace tiempo...» (Dubatti 1958: 290). Auténtica o no, esta anécdota subraya la creencia en la pobreza de la literatura argentina.

Un programa constituido por una sola obra se opondría, entonces, al gesto fundacional de Rojas, que consiste precisamente en crear un corpus, lo que llevará, en 1953, a la separación en dos cátedras: Literatura Argentina I y Literatura Argentina II, probando que la literatura nacional comprendía una larga lista de títulos —o un vasto campo de textos—. Traduce, además, una concepción de la literatura, una oposición a un modo de enseñarla que consiste en asociar calidad y cantidad, o excelencia y cantidad, y que, por tanto, acentúa la erudición e impone un ritmo de lectura acelerado que reduce el tiempo dedicado al análisis. Corpus vastos serían un indicador de la riqueza de una literatura y de la excelencia de su enseñanza, y se opondrían a un programa constituido de una única obra (que además no es una obra genéricamente clasificable), que implicaría la pobreza de la literatura — y de su enseñanza—. En su segundo año, el gesto de Viñas será similar y diferente, simultáneamente, puesto que en 1987 el programa de la cátedra está integrado por *En la sangre* de Eugenio Cambaceres y *Juan Moreira* de Juan Gutiérrez. Por eso podemos decir que Viñas se opone a una visión de la enseñanza de la literatura que concebía el corpus como un desfile de autores —expuestos cronológica o temáticamente— propio de la enseñanza durante la dictadura, pero que fue practicado también por los docentes de la democracia. Sin duda, Viñas, durante su exilio, lo observó también en algunas universidades europeas, tal como lo menciona Todorov acerca de la enseñanza de la literatura fantástica en Francia en 1970 (Todorov 2006).

Se opone también al programa propuesto por Beatriz Sarlo, para Literatura Argentina II el mismo año, conformado por diez obras, vivido por los estudiantes como un maratón de lectura, donde el número de volúmenes parecía destinado a garantizar la excelencia.

Si la elección de 1987 puede resultar polémica, puesto que *Juan Moreira* es un texto no necesariamente reconocido como marcado por el valor literario, la inclusión de dos obras muestra también que en un programa compuesto por una única obra la elección de esta es capital: no cualquier libro se presta al método de Viñas. Lo que lleva a afirmar que, si en el momento, el carácter polémico del programa de Viñas pareció venir del hecho de limitarse a una obra, el libro elegido, también jugó un papel. A pesar de su carácter de clásico escolar, y de haber sido leído y exaltado de manera acrítica en los colegios, incluso en épocas de dictadura, *Una excursión a los indios ranqueles* no perdió su carácter polémico, ni siquiera en el marco de un gobierno que festejó el Centenario de la Campaña al Desierto, afirmando una visión triunfalista y positiva del evento (Viñas 1982: 149). La pertenencia de esta obra de Mansilla a la literatura, su valor en términos literarios, seguían en discusión; sin olvidar las dificultades que plantea a nivel genérico, estudiadas por Viñas, que la vuelven inclasificable: entre relato de viaje, ficción de crónica de viaje, relato etnográfico, debate político... Si se hubiera tratado del *Facundo*, ¿se hubieran desatado las mismas polémicas?¹¹ Componer programas constituye un modo del compromiso de los investigadores y profesores, así como negarse a programas articulados por la acumulación de obras, para privilegiar *un* libro e insertarlo en redes que organizan la historia nacional afirma una concepción de la enseñanza de la literatura que se opone a la erudición y, a pesar de las apariencias, a la jerarquización de las obras a partir del criterio del valor literario.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA TEORÍA LITERARIA

A pesar del carácter fundacional que adquirió en la historia de la UBA el mítico seminario «Algunos problemas de teoría literaria» dictado por Josefi-

¹¹ Como lo plantea José Luis de Diego (2001), el *Facundo* aparece ya en esta época como la obra canónica sobre la dictadura de Rosas.

na Ludmer en 1985, el proceso de institucionalización de la teoría literaria en la UBA fue largo y complejo, como lo muestra la serie de artículos dedicados a la cuestión por Juan Manuel Lacalle y Gustavo Riva (2014a, 2014b, 2015a), Fernando Bogado y Juan Manuel Lacalle (2017a, 2017b, 2018), Mariano Vilar, Lacalle y Majo Migliore (2015b), y Fernando Bogado, Juan Manuel Lacalle y Mariano Vilar (2019, 2022) en la revista *Luthor*. De estas investigaciones se deduce también el papel esencial que jugaron Panesi y Pezzoni, en tanto animadores de la cátedra introductoria a la carrera.

En Enrique Pezzoni cohabitaban, como señala Jorge Panesi, el *homme de lettres* y el rigor de la teoría literaria en la línea del formalismo ruso y el estructuralismo (2018: 255-262). Egresado del Instituto Nacional Superior del Profesorado Joaquín V. González en 1947, Pezzoni fue secretario de redacción de la revista *Sur* entre 1969 y 1973, asesor literario de la editorial Sudamericana entre 1974 y 1989, director del Departamento de Castellano del Colegio Nacional de Buenos Aires y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Durante la dictadura, se refugió en el Instituto del Profesorado y en empleos vinculados con la edición, lo que explica también en parte el hecho de que para él no alcanzara con modificar los objetos enseñados y los objetos críticos: el establecimiento de una universidad democrática implicaba una transformación también de la estructura misma de la carrera de Letras, así como del modo de promoción de las materias. Ya en 1985, Pezzoni promovió una serie de reformas que afectaban todos los aspectos de los estudios de Letras, a pesar de la imposibilidad de reemplazar a todos los profesores. Estos cambios fueron posibles gracias a la recuperación de la autonomía adquirida por la universidad en 1918, que determinó que las decisiones respecto de la universidad fueran tomadas por las instancias de dirección de la institución (el Ministerio de Educación y los representantes de los tres cuerpos, es decir profesores, estudiantes y graduados). Autor de numerosos artículos, Pezzoni publicó un único libro durante su vida, *El texto y sus voces* (1986), precisamente durante el período que estudiamos, y también numerosas traducciones.

En cuanto a Jorge Panesi empieza su carrera durante la dictadura, período en que enseña en el liceo francés de Buenos Aires y en otras escuelas; su entrada como profesor en la universidad se produce como secretario académico de la carrera de Letras en 1984, que dirigió luego de la muerte de Pezzoni

en 1989, durante catorce años (1990-1994, 1999-2008), sucediéndolo también como titular de la cátedra de Teoría y Análisis Literario C entre 1990 y 2016. Además de estudios sobre autores argentinos,¹² la obra escrita de Panesi comprende varios libros: *Felisberto Hernández* (1993), *Críticas* (2000) y *La seducción de los relatos. Crítica literaria y política en Argentina* (2018), donde reúne parte de sus ensayos.

Pezzoni y Panesi transformaron la introducción a los estudios literarios en una materia teórica, que se convirtió rápidamente en la columna vertebral de la carrera que proponía una formación rigurosa y teórica a estudiantes de diferentes disciplinas. El posicionamiento de la cátedra consistió en hacer leer teoría literaria, y compartir la lectura, manteniendo la relación de fundación mutua entre teoría y análisis textual, principios explicitados por Pezzoni en la primera clase, el 13 de junio de 1984:

Entonces lo que hemos intentado es leer una serie de textos literarios, e ir viendo diferentes posturas teóricas de la literatura; no como para utilizar esas diferentes posturas teóricas como recetas para interpretar o analizar los textos literarios, esta es la peor actitud que se puede tener frente a una teoría literaria. ¿Qué se proponen las distintas teorías literarias, las diversas escuelas teóricas? Se proponen iluminar el hecho literario, pero cada escuela ilumina con una perspectiva especial una «parte» del texto literario. Es decir, cada escuela teórica lee una «parte» del texto literario y hace «callar» a las otras partes. Hay otras partes que pasan a un segundo plano. Lo interesante es que nosotros vayamos confrontando esas teorías; viendo cómo unas teorías se contraponen a otras porque hacen decir a los textos literarios lo que otras no les hacen decir, o bien porque algunas teorías prolongan, desarrollan, alargan, se enfrentan con teorías anteriores de las cuales proceden (1986: 2-3).

También Panesi expone estos principios en artículos y entrevistas, en especial en «La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria», donde afirma que la teoría sirve para pensar y para leer, y defiende una teoría adosada a una práctica (2014). Sin embargo, una de las tomas de posición más explícitas de Panesi en los años ochenta se produce no en la cátedra

¹² Entre ellos se cuentan: Eugenio Cambaceres, *En la sangre*, 1980; Manuel Puig, *El beso de la mujer araña*, 2003; Jan Mukarovsky, *Función, norma y valor como hechos sociales*, 2011.

que comparte con Pezzoni, sino en el marco del seminario de Ludmer mencionado, la clase 18, del 22 de octubre de 1985 «Jorge Panesi. Teorías de la interpretación – el texto – el sentido – Iser – Jauss». Panesi se había formado en parte en los grupos de Ludmer, durante la dictadura, pero no era, estrictamente hablando, parte de su equipo. En «La maestra» (2015) recuerda:

para sintetizar la experiencia que me volvió a colocar afortunadamente en el lugar de estudiante, cuando en el afuera de la literatura y en la literatura misma era todo miedo y muerte, me gusta citar a Matilde Sánchez: «Josefina Ludmer es ella sola toda una universidad». Parece una hipérbole, una de esas frases con la que los amigos entre bromas y veras rinden tributo a la amistad, pero hay un núcleo de verdad en la frase, pues el conocimiento universitario debería predominantemente volver a inventar lo dado (1986: 84).

A partir de este testimonio, podemos preguntarnos: si un individuo puede encarnar una universidad, ¿qué ocurre cuando trata de insertarse en una institución? La presencia grupal ante las masas de estudiantes, bajo la mirada de quien se considera la maestra, permite, en todo caso, una identificación precisa del enemigo: los paradigmas que ligan el sentido con la verdad, que, con humor, Panesi llama no hermenéutica sino «herme-náutica», porque es «una hermenéutica que navega en las procelosas aguas del ser latinoamericano o del ser nacional». Si en esta línea empieza colocando las aproximaciones que corresponden a «la única teoría oficial (oficial con gorra) que ha tenido la Facultad de Filosofía y Letras en estos últimos años», agrega también el estructuralismo, el psicoanálisis y el marxismo. De este modo descarta la idea de la lectura crítica como método que busca una verdad, para examinar luego la estética de la recepción, y terminar reflexionando acerca del modo en que se establece el sentido en el análisis literario.

Marcelo Topuzian considera que 1985 fue el *annus mirabilis* de la teoría literaria en argentina, por varias razones: por un lado, marca el momento en que se aprueba el plan de estudios de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires, que consagra un área dentro de la orientación en Letras Modernas, a la cual le dedica tres materias; por otro, ese mismo año Josefina Ludmer dicta su mítico seminario; por fin, porque Jorge Panesi publica «La crítica argentina y el discurso de la dependencia», artículo definido por el mismo Topuzian como una operación crítica, como un modo de nombrar

la búsqueda de profesionalización y de rigor en la crítica, afirmando que los estudios literarios no pueden ser ciencia. Panesi cuestiona allí el modelo dependentista, poniendo en evidencia que lo que está en juego en el discurso crítico es la política (Topuzian 2016). En más de un sentido, por lo tanto, el artículo con que se iniciará más tarde el libro *Críticas* es fundacional, para la crítica y la universidad, y también en la escritura de Panesi. Se trata de una politización —como la que realiza en las clases, nombrando y describiendo las concepciones de la literatura a las que desea oponerse, mediante una retórica que no oculta el desprecio por ellas.

DE LA ORALIDAD Y DE LA ESCRITURA: LOS PROFESORES QUE ESCRIBEN

El sistema de exámenes de la época de la dictadura consistía generalmente en dos parciales escritos, que se hacían durante el año, y un examen final oral y público. En los parciales, se buscaba la reproducción del discurso del profesor y la paráfrasis del texto literario. También así en el examen final, pero este exigía una presencia física, corporal, ante el profesor, que encarnaba la versión única de lo estudiado. La promoción mediante un examen oral fue examinada en el marco del seminario de Ludmer de 1985 por Alan Pauls, en la clase número 4 como una forma policial del saber, a la cual la cátedra va a oponer la escritura.¹³

Pauls atribuye la preeminencia de lo oral a las siguientes características, que definirían una forma policíaca del saber: la presencia corporal, que parece garantizar la imposibilidad de engañar al profesor respecto de los conocimientos, y la conexión entre voz y verdad, que proyecta una forma de sospecha sobre la escritura. Para Pauls si los parciales son escritos y los finales orales es porque el oral (público) es considerado una puesta en escena del saber, en la que aparece su verdad, que, a la vez, es la verdad del profesor. Agregaría que establece también lo que los sociólogos llaman una forma de división del trabajo: los parciales eran corregidos por los asistentes (lo que implica que queda un rastro, una huella de su trabajo y que ellos también tenían que ser capaces de reproducir el saber del profesor y de la bibliografía), mientras que

¹³ «El primer trabajo práctico. Teoría literaria e ideología», clase 4, 28 de agosto de 1985.

el examen oral era tomado por el profesor titular, generalmente acompañado de su jefe de trabajos prácticos y/o de sus asistentes. Para Pauls, la institución de la dictadura considera la escritura como un riesgo y solamente la deja surgir en las notas tomadas durante las clases, que constituyen una práctica mimética de la escritura, y en las monografías, que son una práctica burocratizada. Además, durante los parciales, en la época de la dictadura, se prohibía tener consigo libros, lo cual denota una concepción del trabajo literario basada en la memoria y la repetición, en especial del discurso del profesor, que excluye el uso, el desarrollo de la capacidad de organización y de articulación de saberes teóricos aplicados a los textos literarios. Para Alan Pauls lo que está detrás de esto es el mito de la originalidad, del pensamiento original.

Las cátedras de los profesores que vuelven con la democracia, las de la crítica modernizadora, van a adoptar dos modalidades que rompen con las prácticas de la época de la dictadura e implican la importancia otorgada a la escritura. Si el examen final oral es conservado, se propone una modalidad innovadora: el estudiante prepara un tema de su elección, que podía ser una lectura de un texto teórico o una interpretación de una obra literaria del programa, lo que incentiva la capacidad analítica, aquello que en términos de pedagogía llamamos hoy «apropiación de los saberes». Fue la elección de la cátedra de Panesi y Pezzoni, tal como lo anuncia este último en la primera clase de 1984:

Por otro lado, el examen final consistirá en lo siguiente: ustedes concurrirán con fichas, libros, y todo el bagaje intelectual de que dispongan, el que intercambiarán con nuestro modesto bagaje intelectual. Acudirán al examen final con un tema preparado por ustedes, después de cuya exposición les haremos las preguntas que consideremos necesarias sobre el resto del programa o sobre los puntos en relación con el trabajo de uds. (Pezzoni y Panesi 1984, clase 1, 13 de junio de 1984).

Desde nuestra perspectiva, es difícil comprender la revolución que significó la asociación entre el bagaje intelectual y los objetos que permiten producir el pensamiento (libros y notas), la cual implica una concepción de la tarea literaria en la que se trata, incluso en el examen, de leer y analizar, y no del uso de la memoria y la repetición, algo que se proyecta hacia la elaboración y la investigación.

En cuanto a Ludmer, el programa de la cátedra se define del siguiente modo: formar escritores y profesores escritores dentro de la institución universitaria. Para la evaluación, se pidieron, además de la asistencia, tres trabajos escritos durante el semestre, cada uno de los cuales era eliminatorio, y un trabajo final, para el cual se dio dos años de plazo. Las consignas fueron dadas en las clases 4, 10, 22, para entregar alrededor del 20 de septiembre, el 22 de octubre y el 11 de diciembre, y los ejercicios estaban directamente vinculados con el programa del seminario: estudiar concepciones de la literatura, establecer técnicas de análisis, determinar qué se lee y desde dónde se lee, aprehender especificidad y sentido. En la clase 26 se dieron las consignas para el trabajo final (Louis 2016: 21-23).

Dentro de estas prácticas me interesa subrayar dos cuestiones: el reemplazo de la oralidad por la escritura; el hecho de que el examen final, cuando sigue siendo oral, como en el caso de la cátedra de Pezzoni y Panesi, moviliza la articulación de los conocimientos teóricos y analíticos en los textos literarios, pero también en los teóricos; cuando es escrito consiste en un trabajo de investigación, que hoy correspondería a un tema de tesis, como en el caso del seminario de Ludmer. Alan Pauls define el espíritu militante de la cátedra respecto de la escritura, notando que el sistema universitario durante la dictadura estaba marcado por una forma de verbosidad que alejaba a los estudiantes de la escritura; simultáneamente define la política del seminario, como podemos verlo en las frases siguientes: «Hay tanta militancia en la elección de los puntos del programa como en la elección de este sistema de trabajo» (1985: 3); «el contrato que les proponemos es que nosotros hablemos y ustedes escriban» (3); «Nosotros tratamos de reivindicar una posible identidad entre una persona que enseñe y una persona que escriba» (4); «Entonces, si para la institución universitaria la figura del escritor es el exceso, lo que trata de no incorporar, yo diría que lo que tratamos de hacer desde este Seminario, es tratar de que la escritura empiece a ser como una especie de poder desde adentro» (4-5).

En los modos de evaluación se oponen, por lo tanto, la reproducción y la búsqueda de una supuesta originalidad que solo puede venir del sujeto escritor y crítico a la capacidad de movilizar y apropiarse saberes, articulando teoría literaria y análisis textual; pero también una concepción que articula enseñanza y escritura, escritura y oralidad de un modo que va a ser afirmado

en los años siguientes por numerosos profesores, donde cada una de estas prácticas se inscribe en la otra, mediante estrategias de traducción específicas. Entre estas prácticas pueden retomarse los temas, pero también la reflexión de las clases puede ser transformada en *otra cosa*, y la escritura devenir oralidad siguiendo lógicas nada explícitas. Considerar la propia crítica como escritura, y las clases como un ejercicio de formación crítica, subrayando permanentemente los vínculos entre ambas, es una de las características específicas de la crítica argentina.

DEL COMPROMISO DE LAS POLÉMICAS

Podemos preguntarnos si las situaciones descritas constituyen polémicas, polémicas ocultas, invisibles, o debates. Se trata, en todo caso, de episodios y discursos públicos que ponen en evidencia la pugna entre diferentes concepciones de la literatura y de la enseñanza de la literatura. Sean cuales sean sus características, la democracia constituye su condición de posibilidad. Beatriz Sarlo parece anunciar su retorno cuando expresa su nostalgia de «los escándalos de la crítica» en su discurso ante los nuevos estudiantes en 1984, donde subraya el control impuesto por la dictadura, que limitaba drásticamente las posibilidades (1984: 11).¹⁴ Pero la cohabitación institucional a la que dio lugar el retorno de la democracia en la universidad de Buenos Aires muestra que si los discursos son públicos, no siempre interpelan a su enemigo *in praesentia*: no estallan frente a frente, no producen intercambios directos, están mediados por instancias institucionales, mientras el enemigo está en el aula de al lado, también comprometido en la defensa de sus posiciones y en el ataque. Si estos enfrentamientos no se realizan *in praesentia*, no son tampoco tácitos y su eficacia en términos de ganancia simbólica y social puede ser medida porque se encarnan en un rechazo de la negociación de los modos de conocimiento. Como señala Jean-Louis Fabiani en «Controverses scientifiques, controverses philosophiques. Figures, positions, trajets», el estudio de las controversias científicas ha permitido renovar las aproximaciones en sociología de las ciencias, en particular mediante el estudio del lugar otor-

¹⁴ Dice Sarlo: «Extraño los escándalos de la crítica. Extraño que nuestra crítica no sea escandalosa» (1984: 10).

gado a la dimensión tácita de los intercambios (1997). En este caso, lo que definimos como una cohabitación de discursos presenta rasgos específicos y se produce en un período histórico en que el espacio abierto por la democracia es real, pero sigue estando amenazado; los riesgos no son únicamente simbólicos. De hecho, con la crisis económica, los intentos de levantamiento militares, y la promulgación de las leyes llamadas de «Punto final» en 1986 y de «Obediencia debida» en 1987, se restringirá el espacio para la innovación y la creatividad en la universidad.

Como también recuerda Fabiani, la importancia de un debate no viene necesariamente de si se gana o no: es también un espacio ritual donde una comunidad se mide y un modo de sociabilidad donde se manifiesta un cuerpo disciplinario. En este sentido los casos presentados corresponden a un momento de constitución de una comunidad; como afirma Ludmer en su seminario, en 1984/1985, en respuesta a la intervención de Walter Mignolo, no existía realmente tal cosa en esos primeros años de la postdictadura:

O sea, nosotros estamos acá en la Argentina, carecemos de un montón de material, no podemos de ningún modo ponernos en la discusión internacional, en lo que él llamaba la comunidad disciplinaria, nosotros no tenemos comunidad disciplinaria; nuestra comunidad disciplinaria o es ínfima o está constantemente perturbada por avatares políticos. Nosotros entramos y salimos de la Universidad, nos echan, no nos echan, etc., y hemos dependido estos últimos años totalmente de la situación política. De modo que excluir nuestro discurso de la situación cultural y también política del país en general, a mí personalmente no me parece pertinente. Creo que esto hay que incluirlo en la reflexión teórica (2016: 72).

Carecer de una comunidad constituida, por lo tanto, determina la tarea crítica y docente como un modo de compromiso político. Hay, sin embargo, otro aspecto que considerar: la temporalidad. En efecto, como lo recordamos, Ludmer había dictado tres seminarios antes de «Algunos problemas de teoría literaria», que se dio en el segundo semestre de 1985, uno dedicado a Roa Bastos, uno a la gauchesca, y uno sobre un tema más general, el primero que dio en la universidad de la democracia, «¿Qué se lee en la literatura?». Ninguno de estos había contado con un público tan excesivamente numeroso ni constituyó un evento semejante. Cabe, por tanto, preguntarse por el proceso

de construcción de este público, en el cual se encontraban estudiantes, pero también colegas, periodistas, editores, egresados, entre marzo de 1984 y el 20 de agosto de 1985; teniendo en cuenta, además, que, si en 1984 el ingreso a la carrera de Letras no estuvo restringido, en 1985, fecha de la puesta en marcha del CBC (Ciclo Básico Común), los únicos ingresantes provenían o de otras carreras o del Colegio Buenos Aires y el Pelegrini. Una temporalidad acelerada después de la inmovilidad institucional impuesta por la dictadura durante la cual se construye y difunde el concepto de teoría literaria que hoy constituye una de las marcas de la comunidad intelectual argentina.

El retorno sobre estos episodios puede servir también para pensar el presente. Si la constitución de la comunidad fue progresiva, e implicó la inclusión de aquellos que trabajaban fuera del país, como recuerda Jorge Panesi, significó multiplicar las polémicas, debates, discusiones (2009). Sin embargo, la constitución de la comunidad implica la creación de un espacio sin debate, donde dominan las dimensiones rituales, políticas e institucionales, que subordinan las concepciones intelectuales. En un contexto de fuerte dependencia de lo político, ¿qué formas toma lo que Randall Collins llama la dimensión conflictual de la sociabilidad científica? (1975) La pregunta es cómo podemos pensar la comunidad científica cuando la cohabitación de posiciones incompatibles a nivel epistemológico no da lugar a polémicas, ya sea *in praesentia* o *in absentia*, o cuando las relaciones entre estas dependen de lo político, al punto de negar la ideología y el compromiso en el nivel epistemológico.

BIBLIOGRAFÍA

- BOGADO, Fernando y Juan Manuel LACALLE (2017a): «Teoría literaria, una política: entrevista a Jorge Panesi», *Luthor*, 33 (agosto), 85-88.
- (2017b): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VI (1990-1999)», *Luthor*, 33 (agosto), 1-21.
- (2018): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VII (1990-1999 bis) », *Luthor*, 37 (agosto), 1-19.
- BOGADO, Fernando, Juan Manuel LACALLE y Mariano VILAR (2019): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VIII (1990-1999 bis)», *Luthor*, 41 (agosto), 20-37.

- (2022): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte IX (2000-2019 bis)», *Luthor*, 53 (febrero), 45-56.
- CAISSO, Claudia y Nicolás ROSA (1987): «De la constitution clandestine d'un nouvel objet», *Études françaises*, 23, 249-265.
- CHIROLEU, Adriana (2010): *A noventa años de la reforma universitaria*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- COLLINS, Randall C. (1975): *Conflict Sociology. Toward an Explanatory Science*, New York: Academic Press.
- CROCE, Marcela (2005): *David Viñas. Crítica de la razón polémica. Un intelectual argentino heterodoxo entre Contorno y Dios*, Buenos Aires: Suricata.
- DIEGO, José Luis de(2001): *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata: Ediciones al Margen.
- (2007): «La transición democrática: intelectuales y escritores», en Antonio Camou, María Cristian Tortti y Aníbal Viguera (eds.), *La Argentina democrática: los años y los libros*, Buenos Aires: Prometeo, 49-82.
- DOMÍGUEZ, Nora y Álvaro FERNÁNDEZ BRAVO (2015): *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- DUBATTI, Jorge (1958): «Ricardo Rojas, fundador de los estudios universitarios sobre literatura argentina», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, quinta época, 3 (julio-septiembre), 287-295.
- FABIANI, Jean-Louis (1997): «Controverses scientifiques, controverses philosophiques. Figures, positions, trajets», *Enquête*, 5, 11-34.
- FUNES, Leonardo (2009): «Teoría literaria: una primavera interrumpida en los años setenta», en *Actas de las Primeras Jornadas de Historia de la Crítica en la Argentina. Buenos Aires*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 79-84.
- GARRAMUÑO, Florencia (2015): «Josefina Ludmer en sus textos», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, En *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- GERBAUDO, Analía (2012): «Sobre la dicha de tener polémicas», *Estudios de Teoría Literaria. Revista Digital*, 1.2, 83-98.
- (2016): *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)*, Santa Fe/Los Polvorines: Universidad Nacional del Litoral/Universidad Nacional General Sarmiento.
- (2020): «“El equipo”: cuentos y prácticas alrededor de un mítico seminario de la Universidad argentina de la posdictadura», *Revista Iberoamericana*, LXXXVI, 270 (enero-marzo), 233-264.

- HABERMAS, Jürgen (1995): *L'espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, trad. del alemán de Marc B. de Launay, París: Payot.
- INVERNIZZI, Hernán y Judith GOCIOI (2002): *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires: Eudeba.
- KOZAK, Claudia (2015): «Mis seminarios de Josefina», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea <<https://www.salagrupo.com/arquivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- LACALLE, Juan Manuel y Gustavo RIVA (2014a): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte I (1920-1946)», *Luthor*, 19, (abril), 13-24.
- (2014b): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte II (1946-1966)», *Luthor*, 20 (junio), 12-24.
- (2015a): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte III (1966-1975) », *Luthor*, 24 (mayo), 14-22.
- LACALLE, Juan Manuel y Majo MIGLIORE (2015b): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte IV (1976-1985)», *Luthor*, 26 (noviembre), 33-45.
- (2016): «Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte V (1986-1989)», *Luthor*, 30 , 48-61.
- LOUIS, Annick (1999): «La tarea literaria: entre libertad y sujeción», en Enrique Pezzoni, *Enrique Pezzoni, lector de Borges*, Buenos Aires: Sudamericana, 9-25.
- (2009): «La hora de los maestros», *Revista Espacios*, n. 42, 60-63.
- (2016): «Prólogo», en Josefina Ludmer, *Algunos problemas de teoría literaria. Clases 1985*, edición y prefacio de Annick Louis, Buenos Aires: Paidós, 13-28.
- (2024): «Inaugural», *Exlibris*, 13 (marzo), 310-328.
- LUDMER, Josefina (1973): «El resto del texto», *Literal*, 1, 47-52.
- (1984): «Prólogo», en *Cien años de soledad. Una interpretación*, Buenos Aires: CEAL, 9-12.
- (1988): *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (1999): *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires: Perfil.
- (2010a): *Aquí América Latina. Una especulación*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- (2010b): «Agradecimiento por el doctorado *honoris causa*». Disponible en línea: <https://josefinaludmer.wordpress.com/2010/11/28/agradecimiento-por-el-doctorado-honoris-causa/> [Consulta: 30 de noviembre de 2011].
- (2016): *Algunos problemas de teoría literaria. Clases 1985*, edición y prefacio de Annick Louis, Buenos Aires: Paidós.

- NOVARO, Marcos (2009): *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y Nación (1983-2001)*, Buenos Aires: Paidós.
- PANESI, Jorge (1980): edición, junto a Noemí Susana, de *Eugenio Cambaceres, En la sangre*, Buenos Aires: Colihue.
- (1985): «La crítica argentina y el discurso de la dependencia», *Filología*, 20, 171-195.
- (1991): «Enrique Pezzoni o el sitio de la literatura», *Babel*, IV.22, 22-23.
- (1993): *Felisberto Hernández*, Rosario: Beatriz Viterbo/Tesis.
- (2000): *Críticas*, Buenos Aires: Norma/Críticas.
- (2003): edición crítica y coordinación, junto a José Amícola, de Manuel Puig, *El beso de la mujer araña*, París: Université Paris X.
- (2009): «Los que se van, los que se quedan»(conferencia), *I Jornadas de Historia de la Crítica Argentina*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 3-4 diciembre 2009.
- (2011): «Apostillas», Jan MUKAROVSKI, *Función, norma y valor como hechos sociales*, Buenos Aires: El cuenco de plata, 111-142.
- (2015): «La maestra», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- (2018): *La seducción de los relatos. Crítica literaria y política en Argentina*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- (2014): «La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria», *El Taco en la Brea*, 1, 322-333. En línea: <<https://doi.org/10.14409/tb.v1i1.4218>> [Consulta: 15 de julio de 2016].
- PAULS, Alan (1985): «Algunos problemas de Teoría Literaria» (seminario), clase 23, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires (archivos personales).
- (2015): «Fiesta china», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 16 de septiembre de 2016].
- PEZZONI, Enrique (1986): *El texto y sus voces*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (1999): *Enrique Pezzoni, lector de Borges*, compilación, edición y prefacio de Annick Louis, Buenos Aires: Sudamericana.
- PEZZONI, Enrique y Jorge PANESI (1984): «Introducción a la Literatura C», Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires (archivos personales).
- PUCCIARELLI, Alfredo (2006): *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- RAMALLO, Carolina y Annick LOUIS (eds.) (2024), *La teoría literaria de la Cátedra C de la Universidad de Buenos Aires: de la innovación a la institucionalización (1984-2016)*, *Exlibris*, 13 (marzo), 251-364.
- RODRÍGUEZ PÉRSICO, Adriana (2015): «Búsquedas y resistencias», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- SAÍTTA, Sylvia (2016): «En torno a los cien años de la cátedra de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires», *Cuadernos del Sur. Letras*, 43 (junio), 221-233.
- SÁNCHEZ, Matilde (2015): «Calle Viamonte, 1979», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- SARLO, Beatriz (1984): «La crítica entre la literatura y el público», *Espacios de Crítica y Producción*, 1 (diciembre), 6-11.
- (2022): *Clases de literatura argentina. Facultad de Filosofía y Letras UBA 1984-1988*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- SCHAEFFER, Jean-Marie (1995): *Nouveau dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, París: Seuil.
- SCHETTINI, Ariel (2015): «Josefina Ludmer. Clases. Una memoria», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- SCHVARTZMAN, Julio (2015): «Breve historia de una nota periodística», en *Crónicas sobre Josefina Ludmer*, en *Sala Grumo*, en 44, Buenos Aires/Río de Janeiro. Disponible en línea: <<https://www.salagrumo.com/archivo>> [Consulta: 30 de septiembre de 2016].
- TODOROV, Tzvetan [2002] (2006): *Devoirs et délices. Une vie de passeur. Entretiens avec Catherine Portevin*, París: Seuil.
- TOPUZIAN, Marcelo (2016): «Volver al futuro de la teoría» (conferencia), *Ateneo Permanente del PELCC*, 17 de agosto Disponible en línea: <<http://www.ramona.org.ar/node/60645>> [Consulta: 22 de enero de 2017].
- VIÑAS, David (1982): *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. CEAL.
- (1986): «Clases. Literatura argentina», Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires (archivos personales).
- WARLEY, Jorge (1989): «El texto sin sus voces», *Página 12/Cultura*, 1 de noviembre, 20.

ZUBIETA, Ana María (2010): « Doctorado *honoris causa*», Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Disponible en línea: <<http://josefinaludmer.wordpress.com/2010/11/19/doctorado-honoris-causa>> [Consulta: 30 de noviembre de 2011].